



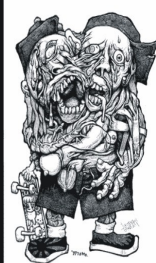
REVISTA LITERARIA
PAPIRANDO



TERROR



Taller Literario: la nave fue y volvió



- 2 - El cuento de terror - Reseña (Liliana G.)
3 - Saqueador de tumbas (Iván Medina Castro)
7 - Luna llena (Lidia Blanco Castro Hernando)
8 - Misión Aranea (Marcos Dios)
10 - Rincón "Hoja En Blanco" (Liliana García) -Lola y su eterna madre (Ma Ángeles Cantalapiedra)
13 - Noctámbulos (Martín Guevara Treviño)
16 - Coletexto Terror - Elige tu propia aventura (Verónica Beatriz, Liliana G., Martín Guevara Treviño, Pablo Lorenzo, Silvana Torres, Pablo Sánchez, Loreno, Mery Larrinua, Marcos Dios, Arlane, Fran Vanrell, Valen)
27 - Recuedos - Rosa Esquivel 30 - Editorial tardía (Pablo Lorenzo)

En este número

EL CUENTO DE TERROR. RESEÑA

Por Liliana García

“Me bastó un segundo para arrojarlo al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.” (El corazón delator, Edgar Allan Poe)



La conocida frase de H. P. Lovecraft, “La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido”, engloba el concepto universal de los cuentos de terror.

Por ser este un género estrechamente relacionado con las emociones primitivas, se puede decir que el cuento de horror es tan viejo como el pensamiento y el lenguaje humanos, por tal motivo aparece como un ingrediente del folklore más antiguo de todas las razas, y se cristaliza en las narraciones orales, en las canciones, crónicas y textos sagrados más arcaicos, pues el germen del terror se encuentra implícito en la naturaleza humana.

Pero a pesar de estos antecedentes remotos, el relato de terror tiene sus verdaderas referencias en la literatura fantástica de finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, tiempo en que los autores clásicos del género rescataron el cuento de terror de la leyenda y del cuento popular.



Durante este período Gran Bretaña, con su novela gótica, se constituye en pionera de la novela negra. La primera novela gótica donde aparecen todos los elementos esenciales del género es **El castillo de Otranto** (1764), de Horace Walpole.

Otra de las autoras más importantes del género es Anne Radcliffe, cuyas famosas novelas hicieron del terror y el suspenso una moda, e instauraron nuevas pautas en lo que atañe a la atmósfera aterradora y macabra. Una de sus obras se destacadas es **Los misterios de Udolpho** (1794).

Un poco después el pueblo demuestra gran interés por obras sencillas como la de Daniel Defoe que da origen a la ghost store, es decir a las historias de fantasmas donde la brevedad, el humorismo y el realismo son sus principales características, alcanzando su cumbre con M. R. James (1862-1936).

Más adelante en el tiempo, el cuento de terror tiene su apogeo con Edgar Allan Poe, maestro indiscutible del arte de narrar que representará la perfecta síntesis de lo macabro y lo feérico, lo fantástico visionario y lo fantástico interior; su obra nos muestra con igual intensidad a la ensangrentada muchacha que se levanta de la tumba después de permanecer varios días enterrada de **La caída de la casa Usher** como la sugestión de un asesino psicópata que quiere liberar su alma mediante un monólogo cargado de tensión en **El corazón delator**.



Los temas de Poe nacen de forma irremediable de su mundo interior: obsesiones, alucinaciones, sueños, transformándose en materia literaria. Sus espectros adquieren de este modo una malignidad convincente que no posee ninguno de sus predecesores, e instauran un nuevo modelo de realismo en los anales de la literatura de horror. De hecho, puede decirse con justicia que Poe inventó el relato corto en su forma actual.

Otros como Hoffmann, Arthur Machen, Blackwood, Howard P. Lovecraft, [Guy de Maupassant](#) y [Bram Stoker](#), hicieron honor al género.

Entre los más conocidos autores contemporáneos, en su mayoría norteamericanos, hay que mencionar a [Dan Simmons](#) (**El río Estigia fluye corriente arriba**), [Ramsey Campbell](#) (**La camada**), [Peter Straub](#) (**La esposa del general**), [Dean Koontz](#) (**Terra Phobia**), [Richard Matheson](#) (**A través de los canales**), [Ray Bradbury](#) (**Y la roca gritó**), [Clive Barker](#) (**Terror**) y el omnipresente e irregular [Stephen King](#) (**La niebla**).

Autores no faltan, libros tampoco. Entrar en el mundo de los cuentos de terror es un desafío que muchos aman pero otros temen...

Iván Medina Castro

Saqueador de tumbas

A Cyrielle Rothé

¡Que pena tan insoslayable! Escuché cuchichear repetidamente como un eco lejano a la sarta de hipócritas reunidas con vulgar curiosidad, alrededor del austero ataúd que aprisionaba a mi amada. ¡Nadie!, fuera de mi lacerante corazón sabe la carga de este sufrir. -Me dije en silencio-.

Al transcurrir la noche, al sonar las ruidosas esquilas anunciando la entrada de la madrugada, el último par de beatas a quienes no identifiqué -fastidiadas seguramente de recitar incontables rosarios- se despedían con una efusiva tristeza un tanto desusada. ¡Diantre de religiosas, qué bien

saben aparentar! -Pensé con enojo-.

Las acompañé a la salida de la casa y cerré prontamente la puerta con doble cerrojo, apagué las luces del portón con la idea de disuadir a algún inoportuno personaje dispuesto a venir a darme el pésame, y me quedé en la oscuridad meditando por pocos segundos. ¡Por fin sólo! -Exclamé en un susurro-.

Mi estado anímico se debatía entre la fatiga y el desengaño, me opuse a ese malestar del espíritu como pude, y decidido me dirigí con pasos cortos y lentos como si tuviera cuidado en no despertarla a la antesala donde se encontraba la razón de mi desdicha. En el breve recorrido, la cruel nostalgia invadió mi ser haciendo flaquear mis piernas. Me detuve por un instante apoyando mi cuerpo en el respaldo de un sillón del corredor, al voltear a mi rededor cada mueble y espacio me recordaba a ella. Mis cansados ojos se cristalizaron por un momento pero ninguna gota logré derramar, pues ya había llorado bastante. Continué mi andar temeroso, y al cruzar el umbral de la habitación, cuatro cirios consumidos con sus diminutas y tristes flamas aleteando al viento me dificultaron mirar. Encendí la luz y me acerqué al féretro ciñendo con fuerza el borde de un color oscuro aterciopelado. De frente a ella, no pude evitar emitir un profundo suspiro al contemplar su tersa piel y finas facciones brillar con coloridos reflejos, un perfecto arco iris producto de los candiles. Inicié un recorrido con una mirada alerta el cuerpo inerte de Cyrielle y sin causa aparente me detuve en su escotado pecho sintiendo una agradable excitación. Ignorando el tiempo observé deleitado, después, tomé con mi titubeante mano derecha el fondo de su vestido violeta de luengos pliegues, y al subir lentamente el atavío rozando mis dedos contra sus torneadas y suaves piernas, sentí un escalofrío singular. Súbitamente, ignorando mi conciencia tomé con mis brazos el flácido cuerpo sacándolo de su celda mortuoria. Corrí de prisa hasta lo que fue una vez nuestro jardín secreto y junto al viejo olmo ornado de flores, bajo la observación de las candentes estrellas, arranqué sus prendas sin vacilar. En mutua desnudez, incapaz de contener mi lujuria, sin fe ni temor de Dios, tomé el cadáver

hasta sodomizarlo. Al terminar, no presenté ningún remordimiento, de lo contrario, me sentí totalmente liberado. Algo fuera de este mundo.

A los pocos días del entierro, fuertes deseos de posesión carnal hacían turbulentas mis noches. Fui a recorrer varios prostíbulos fuera del pueblo para evitar rumores y lograr tranquilizarme, pero la sensación no era nada semejante a lo antes experimentado. Así que, con cierta desconfianza, al depurarse la mañana del rocío, me dirigí al camposanto municipal y con un buen soborno en monedas de oro, logré llegar a un acuerdo con el muertero. El arreglo era simple, el velador me dejaría ver cada día en casa, el obituario del panteón en donde venía información detallada de las personas que serían enterradas. Toda esta novedad me producía una emoción estimulante.

Mi vida transcurría apacible mientras lograra satisfacer mis excesos, seguí atendiendo el prospero negocio de medicamentos y cada domingo sin falta pasaba la tarde entera en los cafés de los portales del pueblo, observando a las joviales señoritas coquetear en el kiosco de la plaza. Pero cuando escaseaban las difuntas, siendo lo más común en un lugar con unos cuantos miles de habitantes, la ansiedad me desquiciaba. Para poner fin a ello, me aproveché de mi buen nombre y mis dotes de galán para acercarme a las indefensas jóvenes, seducirlas con palabrería absurda e invitarlas a tomar un agua fresca, o en su caso, a las más desenvueltas ofrecerles un aromático café con su respectivo vaso de leche. Avanzada nuestra agradable tertulia aguardaba el momento ideal para atacarlas a su vanidad. Las tomaba de las manos y con una voz cálida les aconsejaba ir al tocador a sonar su nariz. En el momento de su ausencia, sin perder ni un instante aprovechaba para vaciar dentro de la bebida un poderoso veneno a base de digitalina que gracias a mis profundos conocimientos de botánica y química había perfeccionado. Una vez ingerido el polvo de fácil disolución, a las cuarenta y ocho horas aproximadamente hacía efecto en la víctima, ocasionando un instantáneo cese brusco de la función del corazón y de la respiración, con ello la muerte. La pena me embargaba por desperdiciar la vida de futuras promesas pero mi obsesión mórbida era mayor.

Varias mujeres perecieron en un corto periodo de tiempo, lo que despertó la preocupación de los habitantes de la ciudad. De ahora en adelante la prudencia y el cuidado imperarán -Me decía cada mañana al verme en el espejo-.

Mi fausta situación no duraría por mucho tiempo, pues a pesar del cuidado sistemático en el proceder, la dependencia de un tercero causaría la desgracia.

Mi última víctima, Victoria Kurse, hija de un acaudalado comerciante inglés, de acuerdo con la información escrita en el libro de entierros, sería sepultada un día después de la fecha en que yo regularmente exhumaba los cadáveres. Las cosas sucedieron así de simple, el muertero, un bruto bebedor empedernido, cometió la terrible falta de equivocar la fecha del sepelio de la joven en la bitácora en una de sus muchas borracheras. ¡Que fatalidad!

Visité el cementerio esa madrugada lúgubre, escarbé la sólida tierra con total tranquilidad y logré rescatar de la penuria el cuerpo fresco y luminoso de *Nana*; la dulce Annabel. Vestida con un corpiño tan blanco como la pureza de la joven. Chorreando de sudor, jadeante, con los brazos ciñendo el esbelto cuerpo, la posé sobre el cálido césped. Mi respiración se oía entrecortada y anhelante. Con mis manos ardientes la desvestí, acaricié sus muslos y su torso, succioné sus tiernos y pálidos pechos con delicada sutileza y besé con frenesí su muy pequeña boca con su labio inferior saliente y bondadoso. En un paroxismo total, me entregué a la inconsciencia y con ello al profundo sueño.

Un fuerte golpe en la cabeza me hizo despertar, al hacerlo, la alterada muchedumbre con trinchas y palas en mano me cercaban el paso. Gracias a la presencia de la autoridad, me libré de ser linchado. Me encarcelaron, posteriormente, atando cabos entré en razón. La justicia junto a la ardida muchedumbre interrumpió en mi hogar en donde encontraron el pequeño diario donde narraba con detalle la selección de mis víctimas: el acercamiento, la exhumación y mi esperada consumación. El

día de la audiencia, así terminaba la sentencia del juez:

“...por causar la muerte de más de una mujer y faltar a la memoria de los muertos, habiendo violado los sepulcros y profanar más de un cadáver abusando de ellos. Y por ofender el recato del alma y el pudor del cuerpo. Esta justa corte lo condena a la pena capital.”

Después de reconocer ante Dios, la sofocante urbe se abría paso hacia la explanada. Mientras yo, inerte bajo los ásperos maderos, veía el mimbre verderón de los canastos. El murmullo ya se hacía una voz estruenda, la multitud había llegado al caos: maldiciones, befas, insultos y aullidos de la más pura barbarie. Guiados los presentes por la batuta de la muerte, al unísono se oía esta perenne petición: “¡guillotina, guillotina, su suerte!” De reojo vi un obeso hombre con un negro y puntiagudo capuchón jalonear de un mástil. Después...

LUNA LLENA

El pantano recibe ese cuerpo sin vida pero todavía tibio de manos del asesino, mientras éste mira extasiado cómo va desapareciendo entre restos de comida podrida, bolsas de plástico rotas y un viejo zapato ortopédico. El oscuro y tierno cabello se confunde con el lodo. Pero por alguna razón, el cadáver no termina de hundirse. Satisfecho, se frota las manos pegajosas contra el pantalón. En un bolsillo lleva de recuerdo los pequeños ojos de su víctima. Un perro hambriento se acerca despacio. Huele carne fresca. Se atreve en las aguas espesas y muerde un bracito. Pelea con él arrastrando el cuerpo a tierra firme. Los demás animales lo ayudan en el destrozo. Todo sucede en minutos. Ese alimento resulta escaso para tantos. Celoso, el asesino observa. En ese momento se recrimina no haber comido ni bebido del que mató. Reflexiona que así habría completado el ciclo de búsqueda, violación y muerte que repite cada noche de luna llena, sosteniendo la fantasía de convertirse en lobo. Para los perros famélicos, la carne y la sangre humana resultan exquisitas. Mucho más las de un bebé. El hombre se va envidiándolos, y decide que en la próxima luna no se dejará robar el manjar. *Por LIDIA BLANCA CASTRO HERNANDO*

Misión Aranea

La buhardilla pintada de blanco marfil empequeñece, me aprisiona y me asfixia... La bombilla ennegrece y su color amarillento se hace gualda, casi fuego marchito. Entre tanto estas paredes con forma de tejado caído parecen mudar de forma como queriéndome ahogar en su triste materia. Una araña minúscula se deja caer desde el techo... Allá arriba, en la esquinita, hay una telaraña que ni es mota de polvo de estrellas pero a mí se me antoja que medra. Parece que se extendiera cual epidemia, que fuera un mar de hilos ignominiosos. Parece que la araña misma es un pequeño monstruo que se transforma en el ser más hórrido y gigantesco de la Tierra. ¡¡Sí!!, ¡todo lo indeseable parece amenazante!, ¡todo crece en la oscurana perversa!

¡Ring-ring-ring-ring...! Abro los ojos como platos y cuanto me rodea vuelve a su tamaño original. La arañona que creo haber soñado y es tan real como la vida misma se vuelve insecto de poca monta, y las oscuridades y entretelas desaparecen como por arte de magia.

-¡Hola amor! Sé que es temprano para ti, pero te necesitamos en la Universidad. Sería interesante que concluyeras el estudio con tus aportaciones.

-Cariño..., no puedo hablar de eso.

-Mario, es importante que informes a la comunidad científica de tu hallazgo, o tu carrera se derrumbará como un castillo de naipes. Yo podría haber obviado cuanto vi, pero el resto del equipo ha decidido sacar a la luz todo lo que saben.

-¡Lo que saben! ¿Y qué es lo que saben ellos?... Perdóname Alice... Creo que preferiría escribir un relato de los acontecimientos, si te parece bien.

-Lo comprendo amor... Te lo digo porque las muestras aun están frescas, y hay que analizarlas. Yo he tratado de quitarle importancia al asunto, ¡créeme!, pero ya sabes como es Horikawa.

-¡Un buitre carroñero! ¡Eso es lo que es ese chino de los cojones!

-Te recuerdo que es japonés –Alice no pudo disimular una risa callada-. Líbrate de eso Mario... ¡Escríbelo!, y pasa página de una vez...

Me temo que todo comenzó hace ya un par de semanas. ¡Cómo pasa el tiempo! Yo, el especialista en artrópodos más laureado del mundo, a mis cuarenta y dos años había hecho un descubrimiento increíble que nos llevaría a mí y al resto del equipo, dos mujeres (una de ellas mi actual pareja, Alice de Saint-Maurice, afamada espeleóloga) y otros cinco hombres más, entre ellos el insoportable japonés de marras, a montarnos en una vieja avioneta en la ciudad de Manaus que nos dejaría en medio de la nada; allá, en aquella ignota aldeucha llamada en lengua *coua* *Miaranné*, a la vera del Amazonas, en la selva más inexpugnable de toda Colombia.

Los indios *coua* se llaman a sí mismos así porque a pesar de vivir en la típica aldea tribal y selvática, con un par de chozas de paja, una maloca comunitaria, una plazoleta de tierra removida y bien poco más, poseen además unos curiosos refugios en los montes de la zona llamados "Covas da vida", o *Couananni*. A lo largo de los siglos estos curiosos indígenas han excavado en la piedra arenisca unas cuevas más o menos profundas con una entrada poco más grande que la tapa de un váter que, según tengo entendido, llegada la medianoche cierran con una especie de tapadera hecha de algo parecido al mimbre. En el interior estas covachas se ensanchan increíblemente, convirtiéndose de esa manera en improvisados y secos hogares en los que los *coua* siempre disponen de unas cuantas teas hechas sobre espigadas cañas que colocadas en los lugares adecuados iluminan las estancias. Además en lo más hondo de las cavernas los indios guardan frutos, carne seca y todo tipo de alimentos imperecederos.

Aquellas tétricas leyendas hablaban con la boca muy pequeña de una enorme araña de no sé cuantos metros de altura que al parecer capturaba a los desdichados indígenas y se los llevaba para guardarlos en la despensa de su enorme tela de seda. Sólo era un cuento, por supuesto, un mito, pero lo cierto es que las cuevas estaban allí desde hacía demasiado tiempo... La cultura de aquellas gentes siempre me había llamado la atención, claro que ningún científico en su sano juicio habría creído jamás tales paparruchas sobre artrópodos gigantes. Lo único que sé es que allá por el año 1896 un aventurero italiano, un tal Giacomo Vasari, había hallado cerca de aquel lugar perdido los restos de un huevo que llegó por casualidad hasta mis manos. No fue fácil identificarlo, pero finalmente concluí que aquello no era otra cosa que el gigantesco huevo de un arácnido enorme. Razón suficiente para que la universidad organizara en poco tiempo una expedición de postín que fue ampliamente publicitada por los *mass media*.

Cuando llegamos al poblado y después de las presentaciones de rigor entre el emplumado chamán de la tribu y yo mismo, jefe oficial de la expedición, comenzamos a estudiar las leyendas que nos contaban los viejos del lugar gracias a la ayuda de un intérprete, y por supuesto hicimos un par de visitas a las “Covas da vida”, en las que por cierto encontramos más restos de huevos rotos. Supongo que me olvidé de todo cuanto me rodeaba..., incluso de mi hermosa esposa. Supongo que no fui capaz de abstraerme de aquel apasionante trabajo en el que estaba inmerso ni siquiera cuando tenía a aquella morenaza de cabellos cortos, tan guapa como una *Madonna* italiana, sobre mi maduro y desnudo cuerpo, en el interior de nuestra acogedora tienda de campaña.

Y es que aquella araña imaginaria..., aquel monstruo antediluviano horrendo y extraño, aquella bestia que parecía salida de una vulgar película de Serie B, juro que nublaba mi cordura y habitaba en la sima de mis sueños; en los que mi amada Alice apenas si aparecía para darme un beso de vez en cuando y consolarme de tan dulce modo después de haber vivido una aventura sin pies ni cabeza en la que el gran araneido me perseguía por la jungla, arrasando todo a su paso e intentando atraparme tirándome chorros de pegajosas sedas. Despertaba entonces sudando y completamente aterrorizado por las visiones de una pesadilla tan vívida, y no porque yo temiera a las arañas, que han sido siempre mi vida; de hecho estoy aburrido de tratar con migales y tarántulas enormes y venenosísimas; unos seres repugnantes pero al mismo tiempo admirabilísimos. Lo que sucedía era que imaginar a un bichejo, a un artrópodo, a un maldito insecto, tan descomunal..., y sobretodo verme a mí mismo tan insignificante como siempre he visto a estos pequeños seres, los auténticos dueños del planeta, me causaba pavor.

Fue esa atracción pernicioso, el desconocimiento que aviva la más estúpida de las curiosidades -como le sucede a la polilla que se quema en la vela, atraída por su fulgor- lo que aquella mañana me llevó a despertarme temprano para internarme a solas en la selva maldita, caminando durante un buen rato machete en mano, pasando las cuevas que estaban lejos de la aldea hasta llegar ante la marca que supuestamente ningún ser humano “cuerdo” debía cruzar. Era una especie de tótem grabado en un árbol vivo enorme. En él “los antiguos” habían labrado unos dibujos que representaban a unos incautos perseguidos por tan fantástico ser. Un escalofrío recorrió mi espalda, pero mi sed de conocimiento, ese maná que alienta el espíritu de todo buen científico, logró desenterrar mis chirucas del manto de la selva haciéndome andar a buen paso por una senda que no existía.

Un par de horas más tarde -consciente de que todos me estarían buscando- hallé algo de lo que el brujo no nos había hablado, probablemente porque siguiendo los dictámenes de su natural raciocinio jamás se habría atrevido a llegar tan lejos, internándose en el territorio de la bestia.

Vi una montaña de unos tres metros de altura ¡hecha por completo de calaveras humanas! Y en la cúspide de tan macabra pirámide distinguí perfectamente ¡un quelícero gigantesco!, una de las dos

mandíbulas que armaban la horrible boca de esa legendaria y ciclópea araña. ¡No podía ser cierto! Trepé por aquella señal inequívoca de la muerte resbalando sobre dicho calvario mientras unos cuantos cráneos se movían bajo mi peso. Toqué el inmenso quelícero con mis manos, lo reconocí, ¡lo palpé! ¡Dios de los dioses!, ¡santa ciencia!

Y entonces lo escuché, a lo lejos... Era un chillido agudísimo que no podía pertenecer a ningún animal que yo conociera. Por supuesto las arañas no chillan, pero... ¿si existiera una de semejantes proporciones cómo serían los sonidos que ésta podría llegar a emitir? ¡Sólo podía ser eso! Caí de espaldas resbalando sobre el promontorio de huesos y en cuanto logré levantarme comencé a correr en dirección al campamento, recorriendo todo el camino antes andado. Creo haber llorado al escuchar ese chillido feroz acercándose. Creo haber sentido la tierra temblar bajo mis pies, o más bien bajo sus muchas y peludas patas. Creo haber oído como la quimera apisonaba la selva, como las aves huían despavoridas y un jaguar me adelantaba veloz. Y juro por lo que más quiera quien quiera creerme que vi con mis propios ojos como esa materia viscosa acababa estrellándose en la corteza de los árboles, mientras el leviatán de quitina trataba de capturarme.

Por supuesto de todo eso nadie vio nada... Jamás lograron dar con el osario: la única prueba que habría refrendado cuanto yo decía. Me arañé todo el cuerpo y me rompí una pierna escapando de aquello. Por suerte a los pocos minutos mi esposa y el comando de rescate me hallaron oculto en la maleza, con los ojos desorbitados y delirando... Ahora lo único que queda de ese supuesto arácnido, o de sus progenitores, son las cáscaras rotas de sus huevos, y sobretodo este terror que enloquece mi desquiciada mente, ese que nace del conocimiento más exhaustivo de algo y a la vez de saber que en realidad nada sabes aun siendo un “sabio” en la materia; el miedo, el horror ante lo que no conocemos ni podemos llegar a ver, ni aun dándote la vuelta...



RINCÓN: “HOJA EN BLANCO”

Publicado por Liliana García

Hola amigos, bienvenidos al rincón de *Hoja en blanco*. Como es habitual la propuesta consiste en ofrecerles un espacio especialmente creado para ustedes, donde puedan escribir todas las historias que se les ocurran, propias o ajenas, generadas a través de su transitar por las Letras: anécdotas, críticas, humoradas, recuerdos, proyectos, etc.

Hoy les ofrezco un texto definitivamente estupendo de la mano de M^a Ángeles Cantalapiedra. M^a Ángeles vive en Madrid, España y es Licenciada en Filosofía y Letras, rama Historia General, por la Universidad de Valladolid. El texto es una desopilante crítica social que los hará desternillar de risa. Se los recomiendo, es humor del bueno...

LOLA Y SU ETERNA MADRE

Lola, ¿qué te pasa? Estás pálida, los ojos se te vuelven del revés.

-Seré la niña del exorcista. No te fastidia éste ahora con lo que me viene... ¿Qué me pasa, dices? ¿Qué me pasa preguntas mirando tu pupila azul a mi pupila pistacho?... Vengo muerta, Pepe. Ya no soy la que era, aunque soy lo que soy gracias a mis dotes de lata conservada, ojo al dato.

-Lola, pero si has estado días sin vernos, sin fregar, sin limpiar sin...

-Alto ahí. ¿Tú sabes que si gastas el coco te cansas un güevo?

-Pero tú no usas la cabeza, la tienes de adorno, Lola.

-Cierto porque, cuando la uso, me quedo en estado catatónico como ahora. Tres días con sus noches, Pepe, y casi puede conmigo...

-Va, ya estás en casa con la conciencia de ser una hija estupenda.

-Será mi conciencia la única que descanse porque lo que es mi madre... Un día más y me vuelve majara, Pepe.

-Toda la vida ha sido igual.

-Sí, pero no. Ahora está elevada al cuadrado con raíz cúbica de veinte. Vamos, me supera. Fíjate que estoy acostumbrada a aguantarte Pepe, que cada vez eres más raro que un sapo en technicolor. Pues bien, a su lado eres el milagro de Fátima..., y el de Lourdes juntos. Fíjate que sabe que soy una negada para las nuevas tecnologías, que me quedé en los avances científicos del S. XVIII, pues se empeña en que yo le arregle el canal Plus, el vídeo, el mando a distancia, yoooooooooooooooooooo, Pepe, que no sé casi encender el botón de una radio. ¡Hombre, por dios!, ¿Es que los científicos de ahora no piensan en los cortos y en los ancianos, leñe? ¡Ah!, y no te cuento si quieres pedir auxilio y les llamas por teléfono, ¿cómo no va a ver cuatro millones de parados en España, coña, si en vez de gente hablas con una máquina, repámpanos? Y yo no tengo química con las máquinas, Pepe. Ayer me pasé colgada al teléfono con una máquina que sólo hacía que preguntarme y me ordenaba apretar teclas, ¡no me dejaba a míiiiiiiiiiiiiii hablar!, y ¿cómo me pongo cuando estoy muda? Fuera de sí, Pepe, antes muerta que callada. Además, ya la podía insultar que no se alteraba. La llamé hasta "hija puta" y ella siguió erre que erre... También en un momento de desesperación la llamé cabrona, ¿y dirás Pepe lo que me

respondió? Que no me entendía. Entonces chillé más alto y la volví a llamar cabrona. Como tenía la ventana abierta, la vecina de mi madre, doña Escapulario, se dio por ofendida y se armó un chocho, Pepe, qué pollo se montó, ¿y sabes por qué? Por la puta máquina porque si en vez de una maquineta, hubiera habido una persona al otro lado, primero habría uno menos en el paro y, segundo, me habría enseñado, o me habría mandado a la mierda. Claro, que si me manda a la mierda como era una persona como yo, ya el diálogo hubiera sido fluido aunque hubiéramos mentado a nuestras respectivas familias, pero con una máquina, ya me dirás... ¡Ah! Y me ha dicho mi madre que no vuelva, que siempre las estoy armando. ¿Te crees que es justo, Pepe?... ¿Pepe? Peeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeepe... Me ha dejado sola, se ha largado y yo hablando para las paredes... Este mundo es irracional e incomprensible, ¿a que sí, Pepe Perro?... En fin, voy a tomarme un vasito cazaya. ¿Queréis un traguito? A ti, Pepe Perro, no te doy que luego te pones más pesado que yo.

... ¡Ah!, Pepe, ya sé que no estás, pero seguro que te llegarán las ondas sísmicas de mi melodiosa voz... ¿Dirás lo que me ha dicho también mi madre? Muy tomate... Me ha dicho que me va a llevar a una clínica de rehabilitación para gordos... Fíjate... Ya la he dicho que arrieritos somos, que yo soy gorda y, para colmo, feliz... ¿Cómo no voy a beber cazaya si es la única que me comprende, coña?... Ven Pepe Perro que te lo termino de contar, anda ven...

M^a Ángeles Cantalapiedra

<http://mellamolola.blogspot.com/>

Para enviar material a este rincón contactarse con
Liliana G. a la siguiente dirección:

rincon_hojaenblanco@yahoo.com.ar

Noctámbulos

Las noches conduciendo por la carretera jamás perdonarán el suplicio del tedio. Sólo la radio escupe información en la hora del noticiero nocturno:

“Felipe Calderón se robó la elección, es un espurio usurpador...”

De un golpe apago el auto estéreo, observando que mi esposa Carolina denota su aburrimiento con la cabeza pegada al cristal de la portezuela, sus ocho meses de preñez hacen que su ánimo sea variable y sensible.

—¿Conoces la historia de los Xkalú?—dije tratando de hablar—. Esas criaturas de las que tanto habla y teme la gente que sale a carretera por la noche.

—Basta, Néstor —dijo con un dejo de fastidio—. No estoy ahora para escuchar leyendas urbanas. Este viaje inesperado a la frontera me ha sacado de mis casillas y ha roto varios de mis planes a corto plazo. ¿Y ahora en medio camino quieres tú hablarme de duendes?

—Te equivocas, amor. Los Xkalú son más que simples duendes. Cuentan que en todo el trayecto nos observan, convertidos en palmas yuccas enanas, ancladas por aquí y por allá, esperando el momento oportuno de atacar a su próxima víctima. Por lo regular siempre conductores distraídos, dominados por la confianza. Los percances cotidianos son el motivo perfecto, cobijados por la noche, atacan al ingenuo que se detiene por un neumático pinchado o alguna falla mecánica, inclusive por olvidar detenerse en la última gasolinera del trayecto.

Observé a Carolina disimuladamente inclinarse para mirar el marcador del tanque de gasolina, su rostro dibujaba el fastidio al observar mi mueca de risa.

—No te preocupes cariño, traemos el tanque lleno. La última parada la hicimos en un pueblo llamado *Allende, Coahuila*, me percaté de cargar a tope el tanque de gasolina; *Ciudad Acuña* aún nos queda retirado—. Sonreí— recuerda al respecto, *más vale poner todo en orden, que caer en manos de los Xkalú*. Cuando la víctima está a su merced, esas palmas se transforman en pequeños seres deformes, son tan pequeños que no alcanzan a medir lo que la llanta de un vehículo. Son de orejas puntiagudas y su piel gris hace más vivos sus ojos rojos, como inyectados de sangre, y esos cabellos erizos los hacen feos de por sí. Lo peor de todo es que siempre atacan en grupo y cuentan con las dos filas de su dentadura en forma de colmillos. Siempre se ha comentado que los Xkalú son carnívoros, pero no apetecen más que la carne humana, devorando consigo la esencia del espíritu convirtiendo a la víctima en uno más de esas criaturas maléficas, transformándole en uno de ellos, cuyo objetivo es seguir con la cadena.

—No continúes con esas historias —dijo nerviosa tocando su abultado abdomen—, creo que nuestro hijo tiene un poco de miedo. Además, la noche sin luna y sin estrellas hace más tétrico lo que me cuentas.

—No tienes porque preocuparte, estamos seguros en el auto. Y como siempre has dicho, son sólo historias para asustar a niños y matar el aburrimiento de los adultos.

—¿De niño cierta vez creíste que algún cuento era real? —Cuestionó intrigada— Los cuentos de brujas siempre me hacían irme temprano a la cama y cubrirme completamente con la cobija. Pero lo complicado era cuando comenzaba a sentir la presencia de alguien en mi habitación, como si respiraran justo en mi oído, y yo paralizada sin atreverme a volver la vista para descubrir al intruso. En ocasiones esos cuentos los traemos a la realidad, así que de una vez te advierto que para nuestro bebe están prohibidos los cuentos de miedo.

Inesperadamente la carretera se redujo sin previo señalamiento, frente a mí veo el muro de contención de un paso de arroyo. Oprimo con fuerza el freno provocando que el vehículo se deslice hacia un costado dando vueltas por el pavimento, cierro los ojos escuchado el ruido de metal retorciéndose y de los cristales al quebrarse. Los gritos desgarradores de Carolina se clavan en mis oídos. Una obscuridad profunda me invade haciéndome sentir un alivio infinito.

Al abrir los ojos palpe la obscuridad, no sé cuánto tiempo duré inconsciente, pero aún era de noche. Tendido sobre el suelo, el dolor recorría mi cuerpo en medio de un silencio estremecedor. Intenté incorporarme para buscar a mi esposa, pero todo fue inútil, mis piernas no respondieron, trate de arrastrarme y sólo conseguí que mis manos se cortaran con los vidrios esparcidos por el asfalto.

—¡Carolina! —grité desesperado, más nadie atendió a mi llamado.

Uno de los faros del auto encendido, lanzando su haz de luz a lo largo de la recta carretera, pude observar pedazos de vidrio y fierro despojados en la volcadura. Lance mí vista al interior del destrozado vehículo: estaba vacío.

Aguce el oído, escuche un crujir sordamente, como de alguien que se acercara sigilosamente. No logré distinguir más que las yuccas estáticas a orilla de la carretera. Mi mente me envolvió de incertidumbre al asaltarme la estúpida idea infantil de los seres maléficos en los que se convertirían aquellas palmas enanas. “*Los Xkalú no existen*”, le sentencie a mi cerebro.

Limpié con mi mano la sangre que escurría hacia mis ojos, en el momento en que distinguí una pequeña sombra cruzar por mis espaldas reflejándose tenuemente en los despojos del auto. La sangre se agitó dentro del cuerpo, traté de dominar el nerviosismo. A orilla de la carretera fije mi vista en la yucca más próxima, inmóvil sin transformaciones, parpadee para aclarar mi visión, la palma ya no estaba. Contuve un grito al observar que había alguien detrás de mí, sombras que se multiplicaban, volví lentamente a duras penas mi cuerpo encontrándome frente a frente con siete criaturas pequeñas, como duendecillos de ojos rojos y pie gris. El corazón agitado estaba a punto de emergérseme del cuerpo. Sonreían o al menos eso aparentaba al mostrarme sus colmilludas dentaduras. Los segundos pasaron y nada sucedió, hilé para mí que las historias macabras sobre éstos seres eran infundadas y en realidad resultaban ser amigables, tal vez ellos me ayudarían en la carretera solitaria. Les sonreí tranquilizado.

—Ayúdenme a encontrar a mi esposa Carolina —dije—. Está embarazada y necesita mi protección.

Los siete se acercaron lentamente, no emitían sonido alguno, comenzaron a tocar mis fracturadas piernas con manos desproporcionales, dando una especie de masaje en ellas, produciéndome un dolor incontrolable, en ese momento cabía más mi ansiedad por ser sanado para encontrar a mi esposa.

Escuché ruidos, cristales caer al suelo, inmediatamente me vino a la mente mi mujer, pero no, un par de duendecillos salieron frente a mí, corriendo, jugaban con las ropas de bebe que traíamos en el viaje por si el parto se adelantaba. Uno se colocaba una gorra mientras el otro se ajustaba torpemente los calcetines infantiles, reñían en ocasiones por apoderarse de las vestiduras.

Seguían los otros friccionando mis piernas. Sentí un dolor inmenso que me hizo dar un alarido, mis ojos no podrían creer lo que ocurría, sin más, arrancaron mi pierna izquierda, separando los miembros de la rodilla, la sangre comenzó a brotar con gran presión, mis ojos arrojaron lágrimas de dolor.

Como una manada de bestias se abalanzaron contra la pierna desprendida peleando entre sí por devorarla. Sin importarme los escombros en el suelo me arrastré para alejarme de ellos, rodee el vehículo volcado quedando justo frente al faro encendido. Observe la carretera larga y solitaria.

Olía a gasolina, del tanque se escapaba un chorro ligero que caía sobre un charco que se expandía. Mi pierna sangrante había dejado un rastro rojo brillante.

Logré distinguir un grupo más, entretenidos devorando algo, en esa perspectiva no pude ver si Carolina estaba en peligro, me seguí arrastrando para salir de una duda que me ahogaba. Al sentir mi presencia uno de ellos se volvió llevando entre su boca un pequeño brazo de feto. Los demás abrieron espacio y pude ver a mi esposa entre sangre, con el abdomen destrozado.

Se abalanzaron contra mí, sentí sus mordiscos sin piedad, más saque fuerza de flaqueza y me arrastré con sus cuerpecillos encima. Llegué a la portezuela deshecha del vehículo y alargué mi brazo sangrante, alcance el encendedor del auto y lo oprimí con fuerza, unos instantes más, tranquilo, sintiendo el dolor de sus mordidas, de cómo arrancaban mi piel, ya no tenía ganar de gritar. Un último esfuerzo, con el brazo alargado saqué el encendedor y lo arrojé al charco de gasolina.

No sentí dolor, vi iluminarse la noche cuando un gran trueno producido por la explosión hizo correr a los duendecillos que no perecieron. Los vi correr asustados, por fin sentí que yo tenía el control de la situación. No pude más, un descanso irrenunciable me embargó.

* * *

No supe cuanto tiempo transcurrió, ahora estoy aquí deforme, aunque la mayoría de mis compañeros Xkalú no recuerdan un pasado, yo tengo lagunas de realidad, es por eso que mientras los demás comen, yo busco entre los despojos de los vehículos papel y tinta, desde entonces llevo un pequeño diario. No me afecta verme en esta situación, ni este cuerpo, son pocas las cosas que recuerdo, y me tranquilizo cada vez que llega uno nuevo y pierde todos sus recuerdos, puedo sentirme privilegiado por tener mis lagunas.

Durante el día nuestra vida se detiene, no sentimos, no tenemos hambre, no pasa nada. Nos paralizamos combinándonos entre esas yuccas rasposas. La obscuridad nocturna es la que nos da vida de verdad. Por eso mientras el verano nos ataca, nuestra vida se vuelve insoportable, aunque sólo es una estación al año. Ayer por la noche, cuando despertamos, muchos de los Xkalú habían muerto, un gran tramo de campo se incendió, no se puede hacer nada mientras estamos estáticos. Tal vez alguien ya se enteró de nuestra debilidad al fuego, quizá algún superviviente en nuestra cena.

Sé que con el paso del tiempo mis lagunas irán desapareciendo, hasta convertirme totalmente en uno de ellos, o hasta que un incendio me consuma.

Una luz se aproxima, la carretera es muy solitaria en este tramo, así que no se puede dejar pasar la oportunidad de alimentarse.

Autor: ***Martín Guevara Treviño***

Coletexto Terror Elige tu propia aventura

AUTORES:

Verónica Beatriz, Liliana G., Martín Guevara Treviño, Pablo Lorenzo, Silvana Torres, Pablo Sánchez, Loreno, Mery Larrinua, Marcos Dios, Arlane, Fran Vanrell, Valen

Entre Mayo y Junio pasados, realizamos en el taller una actividad llamada coletexto, o bien, texto colectivo. Este juego consiste en escribir un relato entre varios de los participantes del taller. El primer jugador escribe un texto corto, 2 o 3 párrafos, que sirve de disparador para que el segundo jugador lo continúe y así sucesivamente. La variante que incluimos este año respecto del “Coletexto – El lanzador del cuchillos” fue que cada jugador, además de continuar la historia, debía sugerir al jugador siguiente tres posibles caminos a tomar. De allí que, en esta ocasión, el coletexto recibió el nombre de “Elige tu propia aventura”.

A continuación, se presenta el resultado

Parte 1 – Disparador – Verónica Beatriz

Las luces del boliche destellaban interrumpidamente siguiendo la monotonía marchosa que sonaba hacía más de diez minutos taladrando sus oídos. María observó que Carlos le sonreía enigmáticamente y supo de inmediato que estaba pensando lo mismo que ella.

- Vamos a mi casa esta vez – lo animó, y tironeó de la mano de él para reforzar el mensaje.

Amigos con beneficios si es que existe tal cosa, unión de soledades mientras se continúa en la búsqueda de amor. Lo cierto era que María, a pesar de Carlos, estaba sola. Llevaba en el triste pueblo de Arroyo Pedrado dos meses, y si no fuera por la compañía de él, otro solitario recién llegado, no tendría más que su trabajo para llenar los espacios vacíos de su existencia.



Subieron al Corsa. Aún no amanecía. En la radio tocaban una canción Axe que se había puesto de moda el verano anterior. Carlos subió el volumen y la tarareó en un portuñol inentendible. María, riéndose de él, subió el volumen aún más para así tapar sus aullidos desafinados. Cruzaron las calles del pueblo a gran velocidad y un halo de música escapó a través de las ventanas marcando su recorrido.

Ya a pocos metros de la casa de María, Carlos bajó el volumen, la velocidad, y estacionó; y estaba a punto de retirar la llave para apagar el motor cuando la mano izquierda de María le sujetó el antebrazo con fuerza.

- Pará, Carlos. No puede ser ...

Siguió la traza que marcaban los ojos de ella.

- ¿Cómo? ¿No cerraste al salir?
- Si, cerré, estoy segura...y apagué las luces...

El sudor frío recorrió sus espaldas. La puerta de calle estaba abierta de par en par, las luces del living encendidas.

Elige tu propia aventura:

1- María entra a la casa sola mientras que Carlos va al patio trasero a ver si encuentra algo extraño.

2- Entran a la casa juntos.

3- Deciden usar el celular para llamar a la policía y esperar en el auto.

Parte 2 - Liliana G.

-Llamemos a la policía –dijo Carlos, alarmado.

-No, esperá. A lo mejor es un chiste de mal gusto de algún vecino, como saben que soy nueva... Vayamos a dar un vistazo primero, no sea que le hagamos el caldo gordo a algún imbécil –Ambos salieron del coche, al tiempo que caminaban apurados y alertas hacia la casa de María.

Con suma precaución entraron a la casa tocando sin querer un borde de la puerta que, moviéndose en un lento vaivén, se quejó haciendo chirriar las viejas bisagras sin aceite. Carlos entró primero, e inmediatamente detrás de él, María lo siguió con la desconfianza pintada en el rostro.

Ni bien traspusieron la puerta, notaron la atmósfera cargada, rara. Un fuerte olor agrio atenazaba el olfato y lo hacía extensivo a los demás sentidos que se negaban a aceptar esta invasión a la naturaleza humana en sí misma.



Los ojos de los jóvenes se pasearon por el living ávidos de encontrar al gracioso que les estaba jugando esa supuesta broma. Parecía que todo estaba en su sitio, salvo un pequeño portalápices con forma de barrilito que María tenía sobre el escritorio, allí en una esquina de la habitación. Ahora estaba volcado sobre el piso de mosaicos, con sus lápices y lapiceras desparramados alrededor, junto con algunos clips para las hojas y una goma de borrar.

Automáticamente, María hizo un repaso de los útiles que habían estado en el portalápices y reparó, con una mezcla de asombro e inquietud, que faltaba un cortapapeles con forma de espada, antiguo, filoso y muy elaborado, que había pertenecido a su abuelo. Así se lo hizo saber a Carlos a quien, a estas alturas, lo había ganado un acuciante y mal disimulado miedo, pues mientras su amiga observaba las cosas tiradas, él había observado a la derecha del escritorio, un casi imperceptible rastro de sangre conformado por un camino de pequeñas gotas que nacían detrás del sofá y se adentraban hacia una de las puertas laterales de la casa.

Elige tu propia aventura:

1-Ambos jóvenes salen de la casa para buscar ayuda.

2-Deciden investigar por su cuenta y siguen adelante.

3-Alguien, detrás de ellos, entra por la puerta de calle que quedó abierta de par en par.

Parte 3 - Martín Guevara Treviño

María no pudo controlar su espanto al percatarse del asunto, Carlos la protegió con un abrazo tratando de calmarla. Ambos tomaron la decisión de adentrarse en la habitación siguiendo el rastro carmesí.



Carlos firmemente abre la puerta; en la pared un letrero hecho con sangre que rezaba: *“Tú has traído la desgracia a este lugar”*. Lográndose ver de inmediato un charco de sangre en el centro de la habitación, el cuerpo de una mujer mayor, tirado en el suelo, su rostro pálido llevaba una mueca terrorífica, y el cortapapeles hundido en su garganta. María no puede evitar

el terror que se marcaba en sus facciones. En un segundo recordó a la mujer, fue la única vecina amable que la recibiera en el pueblo en su reciente llegada, todos los demás vecinos eran demasiado antipáticos.

Ambos se asustan al escuchar un fuerte ruido proveniente del jardín. Carlos instintivamente protector se adelanta para aproximarse despacio a la ventana, no logra siquiera abrir la persiana, volviéndose al escuchar el timbre estridente del teléfono.

Elige tu propia aventura:

- 1.- Se olvidan del teléfono y buscan a algún sospechoso en el jardín.
- 2.- Contestan el teléfono y se encuentran con más sorpresas
- 3.- Alguien los sorprende entrando en la casa



Parte 4 - Pablo Lorenzo

Ella tenía una visión más clara de la situación que él, lo que sucedía no era habitual, y los nervios de ambos estaban justificados por los elementos del misterio: la casa abierta, el puñal del abuelo, las líneas de sangre, la vecina muerta, el letrero de la pared, el sospechoso en el jardín, el teléfono que sonaba... eran demasiadas cosas en un lapso de tiempo brevísimo. Se sobrepuso, de nada servían los nervios en esa situación. Trató de darle un orden a todos esos datos. Evidentemente, la pieza importante de ese

Terror

rompecabezas resultaba ser el puñal; poco sabía del arma blanca heredada pero ahora tomaba dimensiones insospechadas, quizá su abuela que aún vivía sabría algo pero, ¿que importancia podría tener el afilado estilete para alguien de Arroyo Pedrado? Demasiadas incógnitas...

- ¿A dónde vas?

Retuvo a Carlos que intentaba salir imprudentemente a dar caza al presunto asesino que, al parecer, ya se había escapado. Aún quedaba la posibilidad de una broma muy elaborada, macabra y sinsentido. Supuso, también, que se hallaba en un momento onírico, pero la muerte era algo real, el olor a orín del cadáver inundaba la habitación sin dejar dudas sobre la realidad por muy vertiginosa que esta resultase.

- Atendé el teléfono – Le dijo María tomando las riendas de la situación.

Mientras Carlos atendía el teléfono, su cara se fue poniendo cada vez más blanca como si fuera una máscara japonesa. María, ajena a lo que le sucedía y en un impulso tonto, sacó el cuchillo de la garganta de la vecina. El afilado metal emitió un feo ruido al salir. Atrás suyo, se escuchó el golpe seco que hizo Carlos al desmayarse. “O no pasa nada o te pasan todas las cosas juntas”, pensó ella.

Elige tu propia aventura:

1.- La historia continúa con Carlos que despierta bañado en sangre ajena, en la misma habitación que se desmayó, está solo con el cadáver y no hay rastros de María. Lo que le dijeron por teléfono es que María es la asesina y no lo sabe porque está muy loca. ¡Nooooooo!

2.- María lo reanima y escucha el relato de Carlos sobre lo oído en el teléfono: el cuchillo fue usado para rituales satánicos. Carlos se asustó, se desmayó, es un blandengue. ¡Noooooo!

3.- Carlos se recupera y la empuja fuera de la casa donde un grupo de personas con capuchas negras los empiezan a perseguir. Lo que se dijo en el teléfono: Arroyo Pedrado es un pueblo satánico ¡Nooo!

Parte 5 - Silvana Torres

Carlos volvió de su desmayo, y con dificultad se incorporó tocándose la cabeza adolorido. Lo último que recordaba era la imagen de María con el puñal en la mano. La sangre pegoteada en su camisa despedía un hedor inconfundible, estaba mareado y sentía náuseas. Un aliento avinagrado le trajo un vómito verde y baboso que escupió en su ropa, en la mesa, en el piso. Recorrió la habitación con la mirada, el cadáver de la vecina yacía inerte, pero María había desaparecido. Las palabras de su interlocutor al teléfono le resonaban en la cabeza: “Ella es la culpable, ella es la asesina” y después esa imagen de María con el cuchillo en la mano. ¿Sería posible? se preguntó.



-¡No puede ser!- Gritó Carlos al auricular que emitía un monótono sonido. Horrorizado, tomó el teléfono nuevamente con la intención de pedir auxilio, pero un hondo y quejoso alarido proveniente del patio lo paralizó.

-¿María?- Preguntó-¿María sos vos? - Repitió con voz temblorosa. Nadie contestó, pero las luces de toda la casa se apagaron simultáneamente dejándolo en una oscuridad penetrante. “Es una pesadilla” pensó Carlos, y el corazón que golpeteaba en su pecho como un tambor embravecido, le respondió que aquello era real.

A su alrededor todo era silencio, la oscuridad invadió sus pupilas, tragó saliva y caminó a ciegas ayudándose con las manos. Estaba aterrado. Otro lamento quejoso quebró el silencio espectral de la noche, y oyó pasos que lo rodeaban. No tenía visión, sin embargo, sospechaba que no estaba solo en la habitación.

Carlos experimentó, producto del terror que le provocaba la situación, un desesperado llanto ahogado que le ganaba a su entereza. En ese momento, entró en pánico. Siguió buscando a tientas en la pared el interruptor de luz con la angustia de encontrar en la oscuridad algo indeseable. Escuchaba murmullos muy cerca, casi tocándolo con el aliento. Sus manos, por fin, llegaron a la deseada tecla, presionó, y la habitación se iluminó.

Elige tu propia aventura:

1-Cuando todo se ilumina puede ver a María atada y amordazada, cubierta de sangre. El cadáver de la vecina ha desaparecido.

2-Descubre que está rodeado de imágenes espectrales y demoníacas que le succionan la energía.

3-Horrorizado por lo que ve, se desmaya nuevamente.

Parte 6 - Pablo Sánchez

La luz inundó todo en derredor, creando sombras terroríficas. Todo le sonaba extrañamente familiar. En sus estudios en la Universidad de Cambridge, sobre Historia Medieval, había visto la mayoría de los extraños símbolos dibujados en la pared. Presa de la curiosidad comenzó a acercarse y concentró su atención en una palabra latina: \diamond. Rápidamente su mente asocio la palabra con el mítico demonio en forma de mujer y las historias que los hombres renacentistas contaban en el Malleus Maleficarum. Sintió náuseas nuevamente pero su estómago no tenía nada más que eliminar. Trató

de enfocar su vista, pero todo era en vano. Alguien le estaba robando la vitalidad, el aire le faltaba, perdía sus fuerzas. Una sombra femenina se movió por su lado izquierdo, pero ya estaba demasiado débil para hablarle. Sintió una oleada de placer. Concentró sus escasas energías en un cuadro colgado en la pared. – Ese cuadro no estaba... – musitó. Se preguntó si era María la que estaría observándole.

A sólo unos metros de distancia María estaba hipnotizada, no daba crédito a lo que veían sus ojos. Aquel cuadro, del cuál había intentado huir, estaba colgado de forma perfecta en la pared blanquecina. Ella lo había intentado todo, se cambió de hogar, e incluso cambió su nombre, todo para dejar atrás el pasado pero, al parecer eso no era suficiente para Samshiel. Caminó hacia el cuadro como en trance, pasó por el lado del cuerpo de Carlos, que se retorció en leves espasmos. – No vino solo, también esta ella – Pensó. Observó aquel cuadro, nada había cambiado desde entonces, un bosque desolado, plagado de árboles que habían ardido en fuego tiempo atrás y del que aún no se recuperaban. Se sentía dentro de la imagen, viviendo los recuerdos que había tratado de olvidar. Una voz masculina le dijo: “Buenas noches Andrea, ¿o debería decir Marta?...”



Elige tu propia aventura:

- 1- Samshiel y la sombra femenina son, respectivamente, un Incubo y un súcubo que han venido a atacar nuevamente a María, y de paso a Carlos.
- 2- Marta era una famosa pintora, vendió su alma al diablo para hacer famosa esa pintura y él ha regresado para saldar la deuda.
- 3- La voz procede del cuadro mismo.

Parte 7 - Loreno

Buenas Noches, le contestó ella sin salir de su letargo; Estamos todos, escúchalos, le dijo la pintura mientras despedía risas huecas y lamentos promisorios; los caídos, los robados, los inocentes, todos tan viejos como tu propia edad, continuó el cuadro mientras Carlos flotaba con el alma hundida; Ella también era necesaria, le preguntó señalando el cadáver de la mujer; Oh, no, ésta sólo fue diversión, hacía tiempo que no veía sangre humana, pero por qué no entras de nuevo, te extrañamos tanto, le dijo con un dejo de angustia burlona; Ya pasó mi época; No, sólo mírate, le contestó haciendo reflejar una figura tan antigua como la creación, María apartó la mirada tratando de ocultar la verdad pero sus ropas se habían teñido de pasado y le removieron las hadas malditas de aquellos momentos, entonces alzó sus manos y comenzó un rezo de invocación mientras sus uñas crecían y se doblaban y sus dientes rodaban por la sala; Carlos, pegado de espaldas al techo, comenzó a mover los labios con las palabras dictadas por el cuadro, los sonidos comenzaron a crecer y María a sumar más años; de la pintura comenzaron a salir otras voces y los árboles secos tomaron vida reflejando cada pasado, todo crecía con la desmesura de la irracionalidad hasta que un

silencio sólido trizó los últimos gritos congelando la vida; el cuadro esperó agazapado al ver a María crecer y transformarse en imagen quemada; Son todos míos al igual que tú, amagó temeroso el cuadro, María-árbol esbozó una sonrisa despidiendo cenizas; Ahora tú eres mío, al igual que todos, le contestó ella transformando la historia.

Elige tu propia aventura.

1. María se escapó del cuadro donde era una imagen más.
2. Están los dos aturridos por lo que bebieron en el bar y alucinan.
3. María y Carlos están casados y esa es su visión del matrimonio (je je je)

Parte 8 – Mery Larrinua

Carlos y Maria sintieron sus párpados pesados, demasiado pesados para un despertar regular, ambos se miraron, suspirando aliviados, todo habia sido un sueño. ¡Un terrible sueño! ¿Habían sido objeto de una broma pesada? ¿Acaso en la fiesta les habian dado algun breva que los habia hecho alucinar? Miraron a su alrededor, mas todo seguia como en sus últimos recuerdos, el abre-cartas con que mataron a la vecina, aquel cuadro de un bosque en quiebra, los simbolos terrorificos, los mensajes...en unas de las paredes...aquel aterrador charco de sangre... todo tenia una quietud extrema. Se abrazaron buscando apoyo, solidaridad, protección el uno en el otro, asi permanecieron un buen rato, mientras se reponian (si era esto posible) de todas las experiencias que sintieron habian vivido.

Lo que jamás se hubieran podido imaginar era que no estaban solos...

- ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! (si ésta expresión hubiera tenido sonido, se hubiera oido una risa sarcástica con matices de intrínseca maldad)

En todo este tiempo y por motivos obvios, nadie se habia percatado, en el mismo salón, de la presencia de un gigantesco espejo (espejo de doble vía) que había sido colocado simétricamente frente al paisaje del bosque, enmarcado en un marco negro, que ciertamente lucía aunque viejo ya, elegante e imponente.

-Todos están seguros de estar elaborando un “cuento de terror”-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!- Maria sintió un escalofrío que comenzó en la espina dorsal extendiendose a través de todas sus terminales nerviosas, instintivamente se apretó aún mas a Carlos, cuyos ojos casi saliéndose de sus orbitas, no sabian donde mirar. Ambos habian sentido una energia extraña, energia que se habia apoderado del ambiente como aviso de momentos siniestros por venir.

Y sin que palabra alguna fuera pronunciada... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!- aquí estoy detrás de este espejo, donde nadie puede notarme, observando y aprendiendo cada una de sus emociones, un tanto fuertes, por cierto. ¡Que deseos inmensos de adentrarme en cada uno de ellos (Carlos y Maria)! Más no debo desviarme de mis verdaderos propósitos y mis verdaderos personajes. ¡Si mis trece elegidos: Veronica, Liliana, Martin, Pablo, Loreno, Mery, Marcos, Arlane, Frank y Valen supieran que ellos son los verdaderos personajes, las verdaderas victimas de este su “cuento de terror”...! estoy seguro que desde ya, estarian buscando, estarian tratando de cambiar el final (siento que ya lo estan haciendo) ¡ Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pero imposible... el final lo tengo yo....

Elige tu propia aventura:

- 1.- Carlos y Maria comienzan a oír una fuerte respiración que viene de alguna otra habitación, juntos salen a investigar.
- 2.- Detrás del espejo se encuentra un asesino en serie con una cámara.
- 3.- ¿Será una secuencia del mismo sueño? ¿O la estrategia de un extraterrestre estudiando las emociones humanas?

Parte 9 – Marcos Dios

-Esto no tiene ningún sentido Carlos... ¡Ni que nos hubiera abducido una nave extraterrestre y nos hubiera devuelto a este mundo nuestro con la cabeza hecha un bombo! –exclamó María abochornada por tan surrealista y esperpéntico "cuadro".

-Y yo que creía que tu casita de madera era un remanso de paz en este maldito Arroyo Pedrado... Siempre he dicho que este lugar me produce escalofríos.

María había llegado hasta aquel paraje dejado de la mano de Dios supuestamente por casualidad. Al parecer una íntima amiga suya -oriunda de Pedrado- le había comentado que “alguien” alquilaba una casa en las afueras en un estado deplorable, con un aspecto bastante gotiquillo y por un precio irrisorio.

Carlos Benedetti, por su parte, no dejaba de darle vueltas y más vueltas a la razón por la cual aquel cuadro del que María le había hablado en alguna ocasión estuviera otra vez allí... ¿Y si la voz del teléfono tenía razón y ella había matado a la vecina? ¿Y si la vecina muerta no había sido más que una horrible ilusión?

-María... El cadáver de la vecina lo hemos visto los dos. ¿No es así?

-Cierto.

-Y ese cuadro está aquí, y podemos tocarlo; al igual que el espejo, que antes no estaba en ninguna parte, que yo sepa -María sopesó la gravedad de una realidad absolutamente desquiciada.

-Carlos..., nunca te he llegado a contar la verdadera razón por la cual vine a Pedrado, hace ya nueve meses. Es cierto que necesitaba paz para escribir mi novela, pero... Verás... Yo siempre he escuchado voces que aparentemente procedían de esa endemoniada pintura –dijo señalándola con el dedo, con profundo hastío-. Las escuchaba en casa de mi abuelo siendo una niña, y años más tarde, cuando él decidió dejarme la obra en herencia, seguí oyendo aquellos lamentos, aquellas amenazas... Fue mi bisabuela Marta De Lorris quién la pintó, y quién luego se la legó a su único hijo. Pero había algo en Marta..., no sé, algo casi sobrenatural... Además de pintar al óleo con una técnica exquisita que imprimía a todos sus paisajes un cierto halo de misterio, además del arrollante éxito que tuvo en los años veinte en los que fue conocida como “Andrea, la dama de la noche”, Marta, además de todo eso, era extremadamente bella y joven; demasiado joven diría yo... Una cabellera hecha de fuegos colmaba sus sienes, y aquel cuerpecillo de hada, blanquecino y femenino, la formulaba como un ser eternamente bello -Carlos se quedó paralizado. Cuando se había sentido poseído por aquel espíritu había vislumbrado a una mujer lasciva y desnuda tan bella y sensual como María la había descrito, abrazándolo, haciéndole el amor hasta agotarlo-. Mi bisabuela no

tenía edad. Sé que dicho así suena completamente absurdo, pero esa fue la auténtica razón por la cual huyó y nunca más se supo de ella. Después de tener a mi abuelo él creció, se casó y engendró a mi madre, y entre tanto, ella, Marta o Andrea, no parecía envejecer a pesar del paso del tiempo. Cierta día mi bisabuela le confesó a su retoño que su nombre verdadero no era Marta sino Samshiel, y que debía marcharse lejos pues era una bruja, y las veedoras no habían sido bien vistas en ninguna parte y en ninguna época porque la gente más ignorante y misérrima las acusaba de tener tratos con el diablo.

-¡Samshiel! ¡Dios bendito! ¡La diosa de los cananeos, la sacerdotisa suprema de Ashtoret, el ángel hecho de fuego...! Pero... ¿Qué me dices del espejo?

Los dos se aproximaron hasta aquella superficie lisa y límpida como las aguas de un lago de montaña. Un marco de obsidiana se retorció dibujando demonios rampantes mixturados con un harén de mujeres voluptuosas que les hacían el amor en una orgía sin fin ni desmayo. En la base del marco una columna de arabescos y roleos se convertía en un mensaje cifrado escrito en letras arcanas e ilegibles. Aquella procesión tipográfica continuaba serpeando conformando la figura de una inmensa culebra antediluviana, dibujando primeramente una cola dragontina que luego iba tomando cuerpo gracias a unos signos que -ante los ojos expertos del historiador- se convertían en caracteres fenicios, y luego en iberos, y luego en griegos, y más tarde en letras capitales romanas, dando de esta manera una vuelta completa y decorando la parte izquierda de la cabecera del espejo con la cocorota de una tarasca dentona de cuya boca salía una bífida lengua en la cual había algo escrito en ladino moderno.

Carlos cogió un taburete que estaba olvidado en el rincón del salón y se subió a él: el espejo medía más de tres metros de alto. Al acercarse a la lengua grabada sintió el frío helador que procedía del espejazo, y un terror absoluto invadió todo su cuerpo. Luego, tragando saliva, leyó en voz alta:

-La nave fue y volvió...

Los dos amigos, más amantes que nunca, se miraron anonadados...

Elige tu propia aventura:

- 1- Tras el espejo se abre un vórtice hacia otro mundo paralelo, el nuestro, y nosotros, los “coleterroescritorzuelos” estamos vigilando la escena, la fábula vivida por María y Carlos.
- 2- De repente el alma de Samshiel se descarna de un árbol hueco y requemado y se reconvierte otra vez en mujer, saliendo de su refugio de hamadriade para presentarse en medio de la habitación, terrorífica y bella, inmensamente poderosa.
- 3- María pide perdón a Carlos pues debe confesarle que Samshiel se ha ido adueñando de su vida con el paso del tiempo; que pese a su eternidad la maldición de un demoñuelo -un tal Beelzebub- la obligó a vivir encerrada en el árbol quemado que ella misma había pintado un día completamente reverdecido. Y es así como Samshiel se adueña de la carne de María de Lorris, y como poco a poco se corporeiza en la imagen de su bisnieta con el acuciante deseo de poseerlo todo (incluyendo a Carlos en ese todo), armada una vez más con el devastador poder que la Diosa Madre le regaló un día: el poder del fuego.

Parte 10 – Arlane

¿La Nave fue y volvió?, ¿qué mierda quiere decir...?-, inquirió Carlos hacia el lugar donde debería estar María, pero sólo encontró vacío. - ¡María, Maríaaaa!, ¿dónde se metió esta loca ahora?-, al no verla sintió enojo y miedo, la situación parecía incontrolable. -Aquí, querido-, respondió una voz suave desde el cuarto contiguo. No le gustó nada al hombre ese “querido”, ni el tono profundo de pronunciación, que no correspondía a su acompañante.. Cuidadosamente se dirigió a la habitación, abrió despacio la puerta entornada, y presenció una escena de pesadilla. María desnuda, con los ojos cerrados, apoyada sobre manos y rodillas, caminaba en círculos alrededor de una levitante imagen iluminada por luz azul violácea, detrás de ella se desplazaba una especie de perro inmenso, negro, con rasgos semi humanos e intenciones de apareamiento. Carlos sintió la náusea ascender por su tráquea, y la piel erizándose desde los pies a la cabeza. -Ven, querido, no te quedes allí, únete a nuestro festejo-, le espetó el ser luminoso, suspendido a centímetros del suelo y envuelto en velos que rotaban por sí solos. A punto de vomitar, el hombre alcanzó a formular la pregunta, -y vos, ¿de dónde saliste. Quién sos?-, aunque ya intuía la increíble respuesta. -Pues, soy Samshiel, ¿quién más?. Y te concedo el honor de participar en mi aquelarre privado. Más tarde, cuando desembarquen los ocupantes de La Nave, percibirás la locura del verdadero infierno, jajajaja-. Diciendo esto último, descendió, quitándose los velos, y exhibiendo un cuerpo voluptuoso, apetecible, que Carlos, a pesar del peligro, no pudo dejar de distinguir. Beelzabud, el perro tremendo, dio alcance a María, quien soportaba sus embates sin abandonar la posición en cuatro patas.

Elige tu propia aventura:

- 1) Carlos accede al requerimiento de la bruja, copulando con ella que en el momento del orgasmo, despidе de su vientre un vórtice de agua, fuego, y viento, arrancando de cuajo la vivienda.
- 2) Desde el espejo comienzan a descender los participantes del coletexto, quienes conservan su apariencia, pero algunos lucen un preocupante rabo, otras dejan ver largos y puntiagudos dientes, y algunos tienen pelos hasta en la frente. Son un duplicado bizarro. E inician al hombre en las artes nigromantes.
- 3) Carlos enloquece finalmente, y se desgarrа las venas con sus propios dientes. Samshiel y el perro beben la sangre satisfechos. María es arrastrada en torno, encajada al formidable miembro canino.

Parte 11 - Fran Vanrell

La escena era espeluznante y a la vez sensual, Carlos danzaba en torbellinos junto a Samshiel y María se revolcaba en una lucha interminable junto a la gran bestia en un rincón del cuarto. Mientras tanto, en la habitación contigua el espejo había cambiado, ya no era más una superficie lisa y límpida, ahora las nubes cubrían todo su ancho. Un fuerte viento comenzó a soplar y los rayos tronaban con fuerza, el espejo se movía, casi a punto de estrellarse en el suelo. Lentamente comenzaron a surgir figuras de su interior, parecía un desfile de criaturas fantásticas: colas, dientes, melenas, bocas que lanzaban llamas, una a una fueron llenando la habitación. Eran trece en total.

Una vez reunido el grupo salido del espejo se dirigieron con paso calmo al cuarto dónde Carlos y María seguían enredándose con las dos bestias.

- ¡Estamos aquí! –dijo uno de los trece.
- Bienvenidos, los estaba esperando –contestó la bella Samshiel. Estos son los dos de

quienes les había hablado. Ahora hagan con ellos lo que quieras.

- ¡No, no, noooo! ¡¿qué es esto?! –gritó Carlos desesperado. ¿Quiénes son ustedes? ¿de dónde salieron? ¿cómo conocen a esta mujer?

María parecía no haber advertido la presencia de los nuevos individuos y seguía en su juego junto al perro endiablado.

- ¡María, vámonos de acá!, esto no parece que vaya a terminar bien
- De aquí no se va nadie –respondió con voz atronadora Samshiel. Ustedes no sabían en que se metían cuando comenzaron con todo este asunto. Ahora deben asumir sus actos.

Elige tu propia tortura:

- 1- La historia termina en una orgía entre todos los participantes: las trece bestias, Samshiel, el Gran Can, Carlos y María.
- 2- Carlos intenta escapar corriendo, pero es detenido por un ser de los trece y obligado a observar el acto que María seguía manteniendo con el perro endiablado, lo cual no soporta y muere en un estertor de sangre y vómito.
- 3- María recupera la compostura y se revela como el mismo Satanás en persona y castiga a Carlos convirtiéndolo en un grifo: mitad águila, mitad león.

Final – Valen

Los segundos cobraron para Carlos una irascible eternidad. Nunca el mecanismo de los relojes había resultado tan perfecto, tan solemne, tan aterrador ante sus ojos que se transformaban con el imparable paso del tiempo. En su cabeza se formulaban increíbles pensamientos contradictorios, uno abalándose sobre el otro, despedazándolo; en tanto que la espeluznante escena que se presentaba ante él parecía no sufrir descansos: sus piernas temblaban pálidas e inseguras pensando en escapar, mientras que una extraña atracción lo ataba a tan inhóspito acontecimiento. Por más que intentaba convencer a su cuerpo de abandonar de una buena vez la habitación, enfrentando las consecuencias que acarrearía con ello, no podía desprender su vista del cuerpo desnudo de María, o al menos, lo que unas horas antes él consideraba que había sido María: ahora su semblante se encontraba totalmente transformado mientras era penetrada una y otra vez por la descomunal bestia, ante la mirada silenciosa y siniestra de los otros trece espectadores.

Finalmente, avasallando violentamente su indecisión, Carlos volteó para escapar. Cuando había dado unos cuantos pasos hacia la puerta (sin saber de dónde provenía la fuerza para ello, pues sus piernas pesaban ahora lo que una piedra en el agua) Carlos sintió unas garras puntiagudas que penetraron hasta el mismísimo hueso de su brazo izquierdo, y ahogando un estrepitoso grito de dolor, se encontró con unos ojos desafiantes y una voz burlona que hablaba sin alterarse ante tal situación.

-Cuál es la prisa, compañero... ¿Adónde vas? No tienes lugar al que regresar, tú no eres más que un retorcido producto de cada uno de nosotros. Además... ¿No habías venido con ansias de divertirme? ¡Diviértete, entonces, no faltaba más! Prometo que nuestra presencia no te perturbará en lo absoluto...- y esbozando una risa estridente y macabra, la criatura lo arrastró nuevamente al centro de la habitación, donde entre sangre y vómitos sus últimos lamentos de dolor se mezclaron con los

interminables gemidos de María.

Al comprobar la verosimilitud de su muerte, los trece individuos se prepararon entonces para regresar: se quitaron sus garras, ocultaron sus dientes, disimularon meticulosamente sus cabellos, se pusieron sus acostumbrados trajes de hombres serenos y uno a uno fueron adentrándose en el espejo. El último en salir quitó sus garras enterradas en la carne de Carlos, lamió sus dedos suavemente y observó el cuerpo esplendoroso y hediondo de María, que abandonado en el suelo de parqué se consumía en llamas lentamente, sin indicios de la bestia alrededor. Sonriendo enfocó nuevamente sus ojos en las ya dilatadas pupilas de Carlos y sentenció:

-Los escritores somos inmunes al fuego.

Y perdiéndose del otro lado del espejo, borró con un ligero manotazo la imagen hasta reducirla a míseros rastros de tinta.

RECUERDOS

Volver después de tanto tiempo. Estar en el umbral de la casa vieja, con su humedad y la parra añosa. La galería silenciosa, ya no parecía tan larga, caminé despacio queriendo rescatar sensaciones y vivencias. Las baldosas flojas me trajeron al presente. Casi sin darme cuenta estaba parada frente a la vista de lo que había sido mi cuarto, la puerta despintada cedió con un chirrido al empuje de mi mano, los muebles habían desaparecido, en su mayoría, pero para mi sorpresa, la cama de hierro con su colchón de lana peinada, con el centro hundido, estaba allí. Entré. El primer paso sonó hueco en las tablas gastadas del piso. Acaricié la superficie sucia y áspera de la cabecera y el cotín.

Ese cuarto había sido mi guardián, llantos, alegrías, temores, todo lo guardaba allí.

El sol de la mañana, no era huésped habitual, desde hacía mucho. El forcejeo fue inútil, no pude abrir la ventana, los postigos flojos se resistían, la atmósfera húmeda, en penumbras trajo a mí sentimientos reprimidos, tenía miedo, un terror que iba creciendo a medida que volvían los recuerdos de mis noches allí.

Sentada al borde de la cama sentí, que al contrario de lo que pensaba, la seguridad de que un extraño se escondía debajo se hacía presente.

Levanté los pies, desesperada ante la idea de que una mano me sujetaría, la de un perverso, dispuesto a lastimarme.

Recordé a mi hermano, diciéndome:

- No te asomes, debajo de tu cama se esconde el petiso orejudo.

Las historias terribles que escuchaba de los mayores abonaban mi temor. Recordé noches agitadas, tapándome hasta los ojos, inmóvil, hasta que el sueño me vencía.

Era tan grande mi sugestión que algunas noches me parecía ver una silueta saliendo con sigilo. O sentir un movimiento veloz, errado, que no llegaba a agarrarme, ya que el pánico apuraba mi pase debajo de las mantas.

Tenía que resolver ese enigma, miedo infantil, absurdo, que para mi fastidio todavía me consternaba.

No sin recelo, me acomodé sobre el colchón, de a poco fui bajando la cabeza casi al ras del piso, lo

último que recuerdo son dos ojos desorbitados y malignos y una mano fría apretando mi cuello.

ROSA ESQUIVEL

Editorial tardía:

Escribo esta editorial mientras espero el desenlace del último coletexto especialmente organizado por Verónica para incluirlo en esta revista Papirando 4.

Ya vamos por la cuarta, increíble que aún se mantenga en la red, porque la idea pseudoecologista pergueñada por mentes insanas como la mía, es aprovechar los recursos on line y la lectura en pantalla, a pesar de que la costumbre nos lleve a imprimirlo para hacer más maleable el texto, seguramente hasta que no sean masivos, por ende más económicos, los lectores de ebook, esa reticencia se mantendrá y los árboles seguirán cayendo ...

... ya la cuarta.... en general este tipo de iniciativas tienen corta vida, por eso es un premio a la testarudez asnal y al envío de textos de los colaboradores. En algún momento las cosas se fueron poniendo en orden, Liliana G. se adueñó por mérito propio de las notas de tapa y de una sección ahora clásica como el Rincón Hoja en Blanco, es que los espacios son para ocuparlos y está bien que así sea.

Lo que más me asombra de este número es la calidad de los textos, con cierta satisfacción veo que por fin vamos en camino de hacer de ésta publicación algo de nivel, falta bastante y al parecer nunca se llega, pero de vez en cuando está bien sentarse a disfrutar de las cosas con sus imperfecciones incluidas.

La revista empieza con la reseña sobre el cuento de Terror de Liliana G. la cual ha hecho una síntesis muy lograda incentivando a la lectura de los clásicos del género, le sigue **“El saqueador de tumbas”** del mexicano Ivan Castro Medina, –quien ya colaboró con **“El Carruaje del Heno”** en la Papirando 2–, en esta oportunidad se vuelve más macabro y no apto para gente con el estomago blando, que esté escrito en primera persona lo hace más intimidante, una buena muestra del género como la que le sigue **“Luna Llena”** primera colaboración de Lidia Blanco Castro Hernandez, una breve pero efectiva visita al horror por las imágenes descriptas. El siempre presente Marcos Dios, entrañable galego compañero del taller on line, fue el primer en enviar su texto (algo raro porque siempre es el último), nos ofrece en esta oportunidad **“Misión Aranea”** un viaje hacia cultos indios, gigantescos seres monstruosos de horror, calaveras en pilas, y una reflexión final que podría definir todo el género. Mordiéndole los pies a Marcos está el clásico de Liliana G. su sección Hoja en Blanco que tiene sus seguidores, un

descanso a tanto miedo, dejamos de temblar para reírnos un rato con un texto de éste espacio con un hilarante “*Lola y su eterna madre*” de Ma Ángeles Cantalapiedra, Martín Guevara Treviño nos trae “*Noctámbulos*” una historia con aires mexicanos quienes, por suerte, han conservado memorias culturales indígenas muy fuertes, los *Xkalús* son realmente inquietantes y ... como final, la frutilla del postre, la superproducción del *Coletexto de terror* (Verónica Beatriz, Liliana G., Martín Guevara Treviño, Pablo Lorenzo, Silvana Torres, Pablo Sánchez, Loreno, Mery Larrinua, Marcos Dios, Arlane, Fran Vanrell, Valen)... tantas cabezas han andado por ahí, para crear un monstruo policéfalo, incluso con ilustraciones originales, vecino cercano de aquellos libros de “Arma tu propia aventura” un éxito de convocatoria en donde una pareja se ve envuelta en una extraña aventura de horror. A último momento no quise dejar afuera a Rosa Esquivel con su escrito “*Recuerdos*” flamantemente publicado en un antología y quién también acaba de ganar un premio de poesía en su localidad (El Calafate – Santa Cruz – Argentina).

Lo bueno es que si seguimos así algo bueno vamos a sacar, siempre repito algo que he oído por ahí “si a un grupo de monos se le proporciona papel, una máquina de escribir y la eternidad, tarde o temprano escribirá una obra de arte como El Quijote”.... por ahora le damos a los teclas nomás.... Y llenamos 30 páginas que no es poco.

Casi me olvido, sigo investigando el mejor formato para ésta revista, por ahora logré que el archivo no sea tan pesado como los anteriores a costa de rescindir la estética de las ilustraciones ya que por suerte han llegado muchas colaboraciones.

El Papirando 5 (Agosto de 2009) será dedicado al Género Policial, por lo que espero vuestra pronta colaboración con sus textos a pbllorenzo215@gmail.com o lorenzopablo1o@yahoo.com.ar

Pablo Lorenzo – Coordinador Literario

INDICE

- 2 - El cuento de terror - Reseña (Liliana G.)**
- 3 - Saqueador de tumbas (Iván Medina Castro)**
- 7 - Luna llena (Lidia Blanco Castro Hernando)**
- 8 - Misión Aranea (Marcos Dios)**
- 10 - Rincón "Hoja En Blanco" (Liliana García) -Lola y su eterna madre (Ma Ángeles Cantalapiedra)**
- 13 - Noctámbulos (Martín Guevara Treviño)**
- 16 - Coletexto Terror - Elige tu propia aventura (Verónica Beatriz, Liliana G., Martín Guevara Treviño, Pablo Lorenzo, Silvana Torres, Pablo Sánchez, Loreno, Mery Larrinua, Marcos Dios, Arlane, Fran Vanrell, Valen)**
- 27 – Recuerdos (Rosa Esquivel)**
- 28 - Editorial tardía (Pablo Lorenzo)**
- 30 – Indice**

Diagramación y tapa: Pablo Lorenzo